

FORMAS DE PAGO

Toda paciencia tiene un límite y la mía estaba tocando a su fin. Habían sido muchos años de desprecios, de burlas; un lento y cotidiano goteo de humillaciones que me habían desgastado como erosionan las olas la base del acantilado. Ni el psicólogo, ni las clases de yoga, ni la entrega absoluta a mi trabajo conseguían aliviar la terrible angustia que para mí suponía volver a casa y encontrarla allí, como todos los días desde hacía tres décadas, dispuesta a amargarme las pocas horas que pasaba con ella. No pensaba soportarlo ni un minuto más. Estaba decidido a hacer lo que fuera, incluso a venderle mi alma al diablo, para acabar con ella. El problema era cómo hacerlo. Su salud era de roble lo que eliminaba de entrada algo tan sencillo en gente enferma como un error en la medicación o una sobredosis. Su fuerza, casi superior a la mía, me había hecho descartar cualquier tipo de muerte violenta. No tenía carné de conducir, lo que hacía inviable una oportuna avería de los frenos. Por si todo esto fuera poco, vivíamos en un adosado de una sola planta: tampoco era posible una caída accidental desde un octavo piso.

Yo le había visto y él me había visto. Durante varias noches nos observamos mutuamente desde los extremos de la barra, yo con el whisky que me tomaba antes de volver a casa en un intento de juntar las fuerzas necesarias para soportarla una noche más, él con un extraño combinado de color rojo intenso. Tenía los ojos hundidos y oscuros como pozos. Cuando por fin se me acercó, tuve la impresión de que no hacía sino cumplir algo que estaba escrito, para él y para mí, desde hacía mucho tiempo. - No te preocupes –me dijo después de la quinta copa- parecerá un accidente.

–¿Estás seguro? –tuve que preguntar.

Se echó a reír con una carcajada ronca, oscura y me pareció que si insistía en asegurarme lo echaría todo a perder.

–“Eficacia y discreción” es nuestro lema –dijo mirándome a los ojos.

–Y... ¿cuánto me va a costar?

–Ya pasaré a cobrarte, no te preocupes.

Que aquella cornisa se desprendiera justo cuando ella pasaba por debajo fue, sin lugar a dudas, un lamentable accidente. Pero desde aquel día apenas paso tiempo en casa, incluso he pensado en venderla. Se me antoja enorme sin su presencia, vacía sin sus gritos, sin sus ronquidos, sin sus pasos retumbando en el pasillo. Echo en falta sus chillidos, sus insultos, intento recordar el olor acre de su cuerpo redondo. No soporto este aire lleno de su ausencia.

El hombre del combinado rojo aún no ha venido a cobrarme.

es.humanidades.literatura
7 marzo 2006